RAUL
GONZALEZ
TUÑON



MIERCOLES DE CENIZA

POEMAS

M. GLEIZER — Editor — 1928

COLECCION "INDICE"

TOMOS PUBLICADOS:

Vol. I. EDUARDO MALLEA: Cuentos para una inglesa desesperada . . $ 2.—

„ II. LEOPOLDO MARECHAL: Días como flechas (agotado) . . . .

„ III. ENRIQUE GONZALEZ TUÑON: El alma de las cosas inanimadas . . . . $ 1.50

„ IV. EUGENIO JULIO IGLESIAS: Anaquel . . . . $ 2.—

„ V. JORGE LUIS BORGES: El idioma de los argentinos . . . . . $ 2.50

„ VI. MACEDONIO FERNANDEZ: No toda es vigilia la de los ojos abiertos . . . . $ 3.—

O B R A S   D E L   A U T O R

EL VIOLIN DEL DIABLO. (Premio Gleizer, 1926).

MIERCOLES DE CENIZA. (1928).

En preparación:

EL RECODO DE LOS GITANOS. (Poemas).

RAUL GONZALEZ TUÑON

MIERCOLES DE CENIZA



M. GLEIZER - EDITOR
TRIUNVIRATO 557
BUENOS AIRES - 1928

VARELITA

Qué lindo si alguien nos volviera a la calle que ignora de los quince años, no tan lejanos, y sin embargo, tan lejanos ya. A la chalina y la melena y el mirar tras los cristales del cafetín de la calle San José, el rumorear del sol o el tranquilo caer de la lluvia sobre el mundo.

A creer que el hombre es bueno; que las almas perdidas pueden redimirse; que la revolución social salvará al mundo, y que el de poeta es dulce oficio.

A no conocer la vida literaria y el veneno de los falsos amigos que poco a poco va enfriando nuestro optimismo de chiquilines. Co-

mo tú ya hice carpa aparte, y a la compañía de los literatos, prefiero la de los payasos.

Varelita, a ti, que siempre encontrabas dinero en las esquinas barulleras de nuestra agitada adolescencia para el vaso feliz y el plato urgente; a ti, Mamá Jaime de este Poquita Cosa; despanzurrador de sillones viejos; malabarista de horizontes; que conmigo anduviste a través de caminos y aventuras extraordinarias, viviendo en pensiones fabulosas y comiendo en tahonas inverosímiles;

a ti, que has pasado por todos los oficios, desde el de contrabandista al de empleado público; a ti, que eres sin embargo un hombre verdaderamente santo

te envío este libro, cuyo destino — justo y honroso destino de las grandes obras — será sin duda el rincón de alguna casa de compraventa, adonde sólo tú podrá ir a rescatarlo.

ESCRITO SOBRE UNA TRASTIENDA

En todos los puertos del mundo
descansa la noche
sobre los navíos oscuros
y reza su rosario de lunas
el viejo lobo curtido y silencioso.
Palomas de las músicas vagabundas
picotean los fanales encendidos.
Tu recuerdo ha hecho hueco en mi mano sin
[luz.
Ah llegar a tu cabellera rubia como a un puer-
[to final.

Atracan los astros
y detrás de los grandes murallones de sombra

luces multicolores se roban las miradas
y las estrellas son afónicas
como la voz de la violinista tuberculosa
cuya tos en el bar es obligatoria.
El alcohol anda en zancos y las mujeres ca-
[nallas
pasean su olor a polvo y su cansancio.

En todos los puertos del mundo
hay alguien que está esperando.

Hasta muy cerca de los navíos
salen los patios
y entran por los oídos de los marinos.
Un sabor dulce, un amargo sabor.
En todos los puertos del mundo
hay vagabundos como yo,
que asoman al asombro lejano
el corazón — como un barquito en la mano.

Hay una calle larga borrachera

pedazos de noche dispersada
y cuando llega el alba roja y con su clarín
revuela pájaros alucinados,
en todos los puertos del mundo
hay alguien que está esperando.

EL MONITO DEL SERVIO

Vino enarbolando un grito gutural
entre la enredadera de polvo del camino
el monito del servio, maravilloso y mohino.
La carreta de gitanos
estaba frente al portal.
Yo sentí que eran mis hermanos
y dije al borde de tu risa:
—¿Nací para ser poeta
jacobino y sin camisa?
Yo voy en una carreta
por el mundo.
Generoso, sensual, místico y vagabundo—
amo a Cristo, a Martín Fierro y a Facundo.
Y me diste

la limosna de una sonrisa triste.
Pasaba un organito caricatura
del arrabal.
La alegría escaló la tapia
y estalló en el balcón más alto de tu gracia.
¡Cómo saltó el monito del servio
el trampolín de la voz que ordenaba!
—¡A ver Pancho Palotes, otro salto mortal!
Tembló la mano del servio
pájaro amarillo,
palo largo y grueso
—¡Otro salto mortal!
El monito
parecía un signo aritmético.

Amada mía, así mi corazón
cuando le ordenan salta
saltos funambulescos,
pero de alma en alma.
Y se va

dejando huellas de recuerdos.
El mono baila
y giran los ojos del servio.

Se llenó de monedas la pandereta.
Mi corazón es blanco como el de los payasos.
La gitana colorea sus labios en el ocaso.
Enarbolando un grito gutural
se fué el monito por la calle quieta
que da al río manso del arrabal.
De mi arrabal cordial de farolitos
caducos compadritos
del alumbrado público,
—requintados candiles ya no alumbran al
[mundo.
Cantando se van cantando.
Chilló la carreta
de gitanos
jóvenes y ancianos,
que se paran sobre las manos
y adivinan la suerte.

Caravana — burla la muerte —
yo sentí que eran mis hermanos.
Llenarás de monedas de perdón
la pandereta de mi inquietud,
cuando no vuelva más a tu rincón.
Soy un gran pedazo de juventud.
Y amo tus ojos claros y divinos
pero me doy a los caminos
como una canción.
A los caminos oscuros o triunfales,
con el malabarismo de los saltos mortales
del monito funámbulo que hay en mi corazón.

1925.

EL BARQUITO DENTRO DE LA BOTELLA

Era fácil cantar la canción junto al río,
pájaros del ocaso
hasta mi amor venían
desde las ramas,
querida.

Los recuerdos bajaban
desde mi alma
hasta mis manos,
les ahuecaba nidos
como si fueran
pájaros.
Te envío desde lejos
mi amor;

barquito dentro de una botella
anduvo muchos puertos y en ninguno
echó anclas.

Un mascarón sombrío
y una vela
muy blanca.

Blanca como el silencio
que reposa en el río,
como el agua del trino
y el corazón del viento.

Cuélgalo
en el escaparate de tus ojos,
y si los marineros preguntan quién lo hizo,
señala el horizonte dedos de Cenicienta.

Luego, entorna
los párpados
para que no
lo vean.

EL OSO BAILANDO AL PIE DEL CERRO

Chilecito:

el sol sus peñascos de oro,
el agua su molinillo,
y de horizonte a horizonte
mi corazón foragido.

La muchedumbre está allá lejos,
los ómnibus, las colegiales,
olor de caballos placeros,
jaz de los autos y las máquinas.

Aquí el oso y tu traje azul
y tu risa desparramada.

El oso
baila al pie del cerro
su gran nostalgia del Vemland
toda la tarde en el pandero,
—¡alza la pata!

A ver quién coge entre las piedras la más
[aguda,
—el oso sufre y mejor baila
¡alza la pata!
Brilla su sombrero de lata,
toda la plata de la laguna
y el gitano lleva la luna
como alfiler en su corbata.
Y ahora la rueda
—¡alza la pata!

La luna, luna, la luna,
¿no ha caído en tu jardín?
Es como el oso grande así
mi pobre alma peluda,

y cuando más la hacen sufrir
—¡alza la pata!

El oso baila al pie del cerro,
y vaya un baile original.
Vengan a sonar el pandero
para reírnos de la lógica
y la respetabilidad.

¿Qué pareceré con la tarde en la mano
como con una taza de caldo?

Banderiza gritos festivos
la admiración es azotea,
el pandero ahueca la tarde
tu sonrisa desparramada.
Alma eso enorme bailotea,
alma tu pena tan pesada.
¡y alza la pata!

SALE A LAS 8 DE LA NOCHE

Afuera las canillas gotean el silencio.
Pienso en mi juventud desenfrenada
—como dicen los burgueses a la espera de
[los hijos
bajo las colchas sucias del matrimonio,
por donde cuela
su luz la luna más barata del mundo.
Me importa un pito y apago mi lámpara,
que echa un terrible olor mestruando humo
[renegrido
y me digo que es preferible el olvido,
y que desde mañana borracho todos los días
seguiré eludiendo las adiciones
y hablando mal de los funcionarios,

y borracho borracho pasaré por tu puerta
con la nariz roja
y la esperanza muerta.

Me iré a Zapala o a París — que lo mismo
[da—
conozco toda mi patria y pobre como un
[chingolo,
travieso chiquilín de mi ciudad
que suena el saxofón reo de la flauta de
[Bartolo,
hago un corte de manga a la solemnidad
y a la respetabilidad.

La vida para mí
es un siempre partir y un poco quedar,
y para el tren que me ha llevar
no tomaré boleto y al guarda le diré:
—¡Epa, epa! Así es la vida.

DOMINGO QUE NO SABE DECIR SU NOMBRE

El domingo sin nombre terriblemente largo
vuelve la serpentina que arrojo con desgano.
Este guardián de plaza que masca lejanías
y deja escapar de la mano
al ángel de la tarde niña de toboganes.

Si zambullo en un cocktail náufrago en el
[hastío
acordeón del suburbio roció caña en mi pena,
saxofón del asfalto fué funebrero aullido
—de todos los balcones colgaron manos
[muertas—
crespones del amor ausente en el domingo.

Invalidez de ocaso como ronco organito
mi querida ciudad, y este domingo enfermo,
tarima sin orquesta, caminos marchitados,
en que uno parece seguir siempre a un en-
[tierro

¡Este domingo irremediablemente largo!

POEMA DE LA CENICIENTA CIUDADANA

No eres ni Betty Bronson ni Coollen Moore
a quienes tantas veces esperé
a la puerta del cine de mi barrio.
Había abandonado a las otras mujeres
que arrugaban las noches de mi infeliz ado-
[lescencia
cuando el placer tenía olor a humosa lámpara
y mis manos no habían presentido tu gracia.

Podías haber andado por las calles de Londres
Cinderella pecosa, bajo los zeppelines
sembradores de muertes luminosas,
que ya sólo asustaban a los judíos

—las Hermanas Feas arrojan las granadas.—

Tu primer beso en forma de corazón
tenía un pegajoso sabor a Kandy Pop.

Yo amaba los soldados de chocolate
Plán Ra Ta Plán, pequeña: Plán Ra Ta Plán
[la vida dulce,
y tu dulce corazoncito resbalando en mi ter-
[nura
y tu voz de aroma. Plán Ra Ta Plán dulzura
cuando a mi ventana de periodista,
medio poeta, medio hambrón,
como una enredadera. Plán Ra Ta Plán can-
[ción
subía tu voz. Plán Ra Ta Plán
y mis dedos sobre el teclado de la Underwood.

Yo amaba las paredes sonoras de los conven-
[tos,
el viento que giraba los molinos suburbanos,
los arbolitos plantados en el silencio

y las alegres colegiales desde la orilla de tu
[envidia.

Te invoqué en las enormes estaciones
gusaneras humanas,
donde se compra con un bono cualquier ho-
[rizonte,
en las siestas que el ruido del agua taladraba,
en los pueblos que recorrí cargando lastre de
[nostalgia
y hasta en nuestro Peticoat Lane en donde
[adquirías
alhajas de vidrio y carcajadas de frutilla.
Bien podías, pequeña Anita Ronnie,
acaparar pilletes al pie del pizarrón improvi-
[sado,
que tus manos nunca demasiado alabadas
garabatearan de palotes grotescos.

Centavito de una lágrima que te dió un si-
[tio en el cielo

cuando te detenías en la puerta del cine
cuando andaban tus ojos por Richard Bar-
[thelmess,
que rompía los affiches con su blanca varita
de policemen.

El cementerio inglés no existe.
Hay una plaza con focos que trajeron de la
[luna
por orden del señor intendente,
y la juguetería donde nos deteníamos
inauguró un fantástico país en otro barrio.

Ni tú ni yo existimos ahora que estamos lejos.
Te quise como de aquí hasta Dios,
como de aquí hasta las estrellas,
como de aquí hasta mi vida toda
—sólo el recuerdo puede tender un puente en-
[tre los dos.

EL SEPTIMO CIELO

A Janet Gaynor.

I

Tu cueva me cansa,
la luz en voz baja que hay en tu cueva.
Iré en busca de una esperanza
nueva.
Repuja
topo
arañita de la aguja
—que dirás si yo me dopo.

El mundo echa olor de cocina,
affiche de Puloil se estrella

contra el papel de cocaína
al pie de la oscura botella.
Es lindo, parece que llueve
claro cristal el frío bravo.
Muchacha, que ya dan las 9,
para ti yo resulto un clavo.
Busca un burqués,
olvídate de mí.
Tuya es la culpa, te llamas Mimí
y tu nombre no tiene revés.

II

La estrella de la tarde cayó en la alcantarilla.
¡Salud maestro regador!
En la noche de la otra orilla
te espera el pan del amor.
Camarada: creo en Dios y en la vida sencilla.
—La "Elisa" triqui-traca-troc.

Sobre la calle oscurecida,
la cafetera cachivache,

retorcido farol apache
y ese guardián de pacotilla.

La borracha tumba
su olor de bebida,
mirada de gata,
y en el foso zumba
la canción sabida
el "Rata".

Querida:
—la vida es amable,
ten valor.
Yo soy un sujeto notable,
con matrícula de regador.

EL PAIS DETRAS DEL HORIZONTE

Circo, vidriera que rueda para todos los ojos
[del mundo.
Muchachas
el circo que vino anoche
del lejano país que está detrás del horizonte,
con las risas elásticas de los viejos payasos,
el súbito San Vito de los clownes
y la musiquilla que sale de sus estómagos in-
[flados,
levantó en una esquina del crepúsculo su tol-
[do fatigado,
hueco cordial por donde a veces la vieja luna
[se despeña.
—Conozco al pasayo.

—Me importa un comino.
En su espalda de lentejuela exhibe un bando

Bando:

"Prohibida la entrada a los boticarios y a los
[comerciantes,
a los profesores, a los socialistas y a los teo-
[sofistas.
Entrada libre para los niños, los marinos y
[los poetas.
Carlitos Duggan y sus amistades repartirán
escarapelas del País del Nunca Nunca Jamás".

Conozco a la rubia domadora y se llama Irene.
—A mí ni me va ni me viene.
—Y al regiseur que está borracho.
—Eso me conviene.

POEMA PARA LA VIRGENCITA DEL TEATRO CERVANTES

Escrito por encargó de mi querida.

Ruega por mí, que tengo pasta de santo y de
[bandido.
Mi corazón es tierno como un niño dormido.
Ruega por mí, que tengo alma de evangelis-
[ta, sangre de aventurero.
¡Ruega por mí, que nunca tuve un smoking!

Por mí que heredé el perro de Carlitos Chaplin
y amo las altas torres florecidas de trinos
y creo en Norte América, en la voz de los
[órganos,

y en el cinematógrafo y en el box, y
también en Dios y en ti.
Hoy quiero ser creyente y llegar a tu lado
apartando la gente y apartando la rima, y
[cantarte con una
voz tan simple y tan alta como la de la luna.

Ni damas ataviadas y autos alucinantes,
ni la luz de los focos que aplastan el asfalto
nunca fustigó el viento tu grandeza minús-
[cula,
tu lucecita humilde que aman los elementos
como los piratas a las mascotas.
Eres una cruz de luz,
el retrato de mi madre de luz,
un gran perdón de luz,
un boquete abierto en una esperanza de cielo
sin reglamentos y con pájaros pintados.

Quiero creer, oh mi dulcísima señora, aún
[más breve

que el zapato de vidrio de la Cenicienta,
que una pequeña felicidad me espera
cuando haya traspuesto el umbral luminoso
del último poniente,
y que desprecias a los burgueses
y a los jurados del municipio,
que por la noche pinchan los globos de los
[niños.

Me he despertado anoche reclamando a mi
[madre.
Sólo el viento me respondió
con su eterno arrastrar de papeles inútiles
que arrojan los filósofos al alba.

En tu encrucijada convergen todas las pers-
[pectivas
y eres la inmensa luz de Buenos Aires en
[una lamparita
que nada tiene que ver con la C. H. A. D. E.

Siento esa luz en mi alma como a Dios en el
[mundo.
Cuando el del Barber Shop junto con el sol
cuelga su distintivo de latón
todavía
tu luz
brilla
en mi
corazón.

LA VIEJA CIUDAD DE CHILECITO

Juntando los días que viví en Chilecito
se puede hacer un ancho verano y un atar-
[decer de otoño
con grillos acatarrados.

Pienso en la iglesita corazón de pizarra
que se robaba el último sol para retocar sus
[vitraux
y a la que entraba desvestido de pensamien-
[tos pecaminosos.
Y esas mañanas de tonalidad siete veces
[idéntica,
y el fondín donda almorzaba con cuatro mi-
[neros azogados

y un telegrafista gordo como Roscoe Arbucle.
Todas las tardes me llevaba a lo del barbero
[los ojos de la cantinera
y escuchaba el fonógrafo desteñido, en el que
["La Morocha"
aun era el domingo de los discos.
Entonces sobre el patio de las calles bosque-
[jaba su voz fácil
el musgo.

El dedo del viento como una espátula
estilizaba el sombrero níveo de la montaña,
y Chilecito adquiría un tono distinguido
de antigua carátula
desenterrada de la catacumba del olvido.
Pueblo transplantado de una Alaska lumi-
[nosa
de una Alaska verde,
de una Alaska fresca;
pueblo de buscadores de oro e ingenieros
[americanos que

allí aprendieron a tocar la guitarra y a ena-
[morar morenas
mascando yun yun.

Yo venía de y amaba los grandes edificios,
las enormes cocottes con sus costosas almas
[de loutre,
los estadios del box y los grandes hoteles y
[bares yanquis,
y aun aquellos en cuyas puertas chorrean los
[paraguas de los burgueses,
y el tren me llevó a la ciudad donde el silencio
[es de siete colores.

Noches a orilla de la zamba y el arrope,
cuando uno justifica el nacimiento de Dios
[en un establo.
Y el adivinar a los cuarenta ladrones y Alí
[Babá en las
minas de Santa Florentina,
de donde el oro sale ya en cruces y medallitas.
Y bien sé que una tarde interminablemente
[gris
me despedía del alambre carril,

al cual nunca quise subir para no defraudar
la fantástica idea que de él me había formado.
Me despedía del Famatina blanco
a causa de los rosarios amontonados por las
[viejucas
contratadas especialmente por el cura pá-
[rroco.

Aquella tarde interminablemente gris, cuan-
[do las únicas
notas de color fueron tu sonrisa y mi corbata
[roja.
¿Cuándo volveré, Dios mío, a la vieja ciudad
[donde el silencio
es de siete colores?

OTRO POEMA

Quisiera ir a Zapala!

En Bariloche las casas
de araucaria y de terrón,
la nieve visitas largas,
perro amigo el corazón
y el viento caricia mansa.

Quisiera ir a Zapala!

Quema la tierra mulánima,
luna guitarra en Catuna,
aguardiente quema el alma,

gitanos del río Lules
y en Olta mujer y zamba.

Quisiera ir a Zapala!

Paisanito ciudadano,
el ocaso fuerte aldaba
abre la noche y mi alma,
mi alma no sabe nada.

A Zapala, ¿qué me espera?
Doraba la resolana
vino generoso en álamos,
sonoro lejos el cerro,
tu amor la ciudad lejana
corazón recién bañado.

Quisiera ir a Zapala!

POEMA DE LA CIUDAD DE LUJAN

Tuviste preso al manco Paz.
Hoy a su gloria también le falta un brazo.
Yo atravesé tu ancho olor a patria,
perfume de algarrobo suavizaba mis manos.
Cuando la cinta federal
floreció todas las guitarras,
bajo la sombra de tus parras
se hizo un silencio musical.

Luján la ciudadela de ayer hoy mansa y clara,
declive para una ternura de patria.
Fantasma del pasado se apoya en tus escaños
y en los viejos brocales
anima un resplandor

como el que afiló los puñales
de la Santa Federación.

¡Viva la Santa Federación!

Ciudad fabulosa de la limosna,
socavó tus entrañas la sandalia del fraile,
río de oro corre por tus sótanos
donde los esqueletos continúan el baile
—aunque los soldadotes hurtaron las berli-
[nas.

Puerta donde el idilio de Liniers
se rompió en un fracaso de lágrimas honradas.
Donde Manuel de Sarratea
recostó su deseo
de poseer monjitas ursulinas.

Los hombres se han ido ya.
Las cosas amortaja polvo amarillo espeso.
La madera vibra ruídos de ayer.

MIERCOLES DE CENIZA

Las cosas tienen alma dentro de los espejos.
Qué bien estoy aquí caminando el pasado.
En puntillas como con miedo
a despertarlo de su sueño.
A través de los patios y los corredores
donde en los viejos muros se registran
los sonidos antiguos,
me coloqué el Museo en el oído
como un caracol,
y oí sonar todo el pasado estremecido
adentro de mi corazón.

EL ENTIERRO DE NUESTRO SEÑOR

Cantos bárbaros sobre la piedra dura,
plomo caliente de la tremenda amargura,
flauta de caña suena tu gran dolor;

el rostro de Nuestro Señor
las manos de Nuestro Señor
la sangre de Nuestro Señor

¡alabada sea la gloria de Nuestro Señor!

Me persigno bajo el reproche de mi pasado,
ah, tu sonrisa pálida bajo el oscuro manto.

Iban los hombres trágicos por la calle de an-
[gustia

y el Cristo blanco y rojo en la caja de vidrio.
Incendiaban el aire los gritos de la turba
pañuelos de colores y aguardiente de uva
la luz de los velones, la luz fría y desnuda
y el chusmaje bailando raído y disfrazado;

¡oh, Cristo redentor, oh Cristo enamorado
en la caja de vidrio que helada tu canción;

el rostro de Nuestro Señor
las manos de Nuestro Señor
la sangre de Nuestro Señor

—y alabada sea la gloria de Nuestro Señor!

Chilecito, 1925.

LOS GUITARREROS DE CATUNA

Oh, qué caras bajo la luna,
los guitarreros de Catuna.

Es Peñaloza como el Chacho
el primero y está borracho.

Es Quiroga como Facundo,
y está borracho el segundo.

Hermanos, hermanos, hermanos,
—¡qué tristeza la de los llanos!

Bajo la sombra de la parra
escasa luz de estrella cuela

fatalidad vampiro vuela
alrededor de la guitarra.
Tierra infeliz, la raza muere
pobre canción de la agonía,
para que más me desespere
de mi antigua melancolía.

Llanos áridos, cielos violentos
y luna roja degollada
flor del pasado deshojada
sobre oscuros presentimientos.
Yo a la puerta de la alborada
saldré en busca de nuevos vientos.

Los guitarreros de Catuna.
Hermanos, hermanos, hermanos,
qué tristeza la de los llanos
bajo la degollada luna.

En Catuna, 1925.

EPITAFIO PARA UNA TUMBA ARGENTINA EN INGLATERRA

Hizo morder el polvo de la derrota
a la tierra que ahora lo cobija.
Tenía el genio del rastreo,
el mal de la divisa
y la virtud de la baquía.

Acostumbrado a manejar el lazo
enlazó la estrellas y las manchó de sangre.
Lo velaron: el mate, la daga y la guitarra.

Los cascos de sus brutos
frenetizaron a las montoneras.

A su lado ni López, ni Ramírez, ni Artigas,
[ni Rivera,
ni los pálidos héroes oficiales
pueden alzar sus sables un segundo.
Sólo se dobla su fiereza
ante la sombra prodigiosa
del terrible San Juan Facundo.

Dirigió pericones como batallas
y empresas comerciales.
El amor lo salvó.
Y le cabe la gloria mejor
la de haber inventado
el más grande de los gritos criollos:
—¡Viva la Santa Federación!

Nadie de sus maldades grite si es hombre
[bueno.
Nadie de sus bondades hable si es hombre
[malo.

MIERCOLES DE CENIZA

Hoy la injusticia sopla sus cenizas.
Se llamaba

Don Juan Manuel de Rozas

y San Martín le regaló una espada.

POEMA DE RICARDO GUIRALDES

Eras tan sabio que contigo
nació y murió la palabra.
Eras tan bueno que contigo
nació y murió la ternura.

Yo era joven y tenía los ojos llenos de Rusia.
Recién venidos a la vida y ya arañados
de panoramas extranjeros.
Tú los vaciaste y los llenaste de Pampa.
Tu corazón de grande no cabía en la Pampa.
Tu casa estaba a un metro tan solo de la
[Pampa.

Ayer ha muerto don Segundo Sombra.

Los arados están a media asta,
a medio horizonte el cielo
y a media vidalita la guitarra.

Inútil que volvamos al resplandor del hueco
[de tus manos,
a la digna mansedumbre de tus ojos aindiados
de tanto barajar los horizontes de tu patria y
[la mía tan querida.
Pero estás en nosotros repartido como la luz
[de Dios está en el mundo.

Inútil que pronuncien tu nombre los imbé-
[ciles,
los que ayer vapulearon tu talento.
Tú eres de nosotros como lo es la tierra flo-
[recida
y la ciudad que tú también amabas lancean-
[do al cielo.
con sus enormes edificios
—sólo tu corazón era más alto.

M I E R C O L E S   D E   C E N I Z A

Cuando cantabas con la guitarra
—lindo jilguero pampeano—
un crespón para la guitarra
y la canción a media mano.

Yo, poeta de Buenos Aires,
ordeno que se haga el ocaso
sobre la ciudad y que nadie
pretenda modular un canto.
Al canto lo llevó a la muerte
el gaucho Ricardo Güiraldes.

Inútil que volvamos a golpear en tu pecho
[luminoso.

EL RELOJ DE BERESFORD

Los patios del museo de Luján
han detenido el tiempo
para refrescar a las generaciones de ahora.

Yo me descubro como ante mi abuelo
ante los patios de Luján.

El péndulo del reloj de Beresford,
guillotina al deseo inglés
todavía extendido en los rieles que hieren
todos los horizontes de mi patria.

Patios que desmenuzan
luz de estrellas mojada

en las rejas aun estalladas de besos.
En donde el manco Paz leía
las Vidas Paralelas y hacía jaulas de pájaros,
y un hombre en Buenos Aires acaparaba
gustosas vidalitas y puñales airados.

Patios donde aún se oyen aires
estilos criollos flotando en el ambiente
y en cuya ternura arrugada de escaños
desembocan todos los ponientes.
Ríos del tiempo de hoy al mar de ayer.

De esta piedad criolla en un rincón
cupo la cobardía de un virrey femenino,
y aquí el cepo apretó la garganta angustiada
y abortó en un rugido que pudo ser canción.

Rieles que hieren todos los horizontes de mi
[patria,
Luján es una herida que todavía sangra.

EL TIRADOR

Los llanos me asustaban. El tirador entró en la pulpería trayendo en sus ojos la terrible noche de afuera.

El tirador — vaya una estampa —
es ciudadano de la Pampa.

Bajo el ala de los candiles
en los siniestros recovecos.
Caña de fuego en cuchitriles
y el corazón un leño seco.

Me dijo de dónde venía
con mi dolor a esos rincones.

Le respondí que no sabía.
De la guitarra oscuros sones
arrancó su mano callosa.
Una zamba escaló los muros
y una lágrima silenciosa
rodó de sus ojos oscuros.

Tirador de la mano firme
la noche detrás de nosotros
el ronco tambor de los potros
y esta noche tendré que irme.
También mi corazón — que extraño —
tiene una muerte que llorar

y que sombrío este sonar
la guitarra de un desengaño!

TANGO

Luna amarilla, gastada luna,
en qué barriada hay una luna como esta luna
aunque sea muy cajetilla.
En qué barriada
dibuja la compadrada
su quebrada
sobre la dura vereda.
Aunque la vistan de seda.

No son todos los que están
en casa del taita Pancho!

Lunita del disco,
cinematógrafo

donde se pasa el film preclaro
de un Pibe Ernesto o un Canaro
en la pantalla del fonógrafo.
Corazón, bandoneón rezonga,
me iré por la endiablada ruta
del dibujo de la viruta.
Alma simple de percalina
donde enrosca la serpentina.
Corazón, bandoneón rezonga.

Muchachos la milonga empieza
y que estirado largo eco,
—vengan a oír esta milonga
los malevos de Vacarezza
y de Pacheco.

Luna amarilla, luna gastada,
linda azotea para que encalle
no hay una calle como esta calle
de compadrona y enfarolada.

TANGO

I

Angel oscuro,
Hembra doblada junto al muro.
Farol,
            tu labio me ilumina.
Hembra doblada junto al pecho
soy un muñeco deshecho
por la morfina.

Tango lleno de humo fumo
tu cigarrillo voluptuoso,
estiramiento doloroso,
aliento en el que me perfumo.

Quiero hacer camino de danza,
hacer camino de un poema
que vaya hasta la locura.
Desesperanza
promiscua noche de la quema
de la basura.

II

Como el malevo y el gaucho te fuiste viejo
[organito
cantando,
y con tu canción tajeando
el rumor diverso
de los crepúsculos
suburbanos.

Eras una palabra ya demasiado repetida.
Vieja luna sonora rodando en la vereda
hacia el poniente que ahora te anida.
Desangrándote como los héroes
cada vez más rengo,

cada vez más guapo,
consuelo para el hombre después de la labor
y para la hembra detrás del sopapo.
Durante treinta años el suburbio
se alimentó
con el pan
de tus tangos.

En los buzones desteñidos
se recostó
la compadrada,
y los portones
florecieron mujeres
y los purretes
fueron tus flecos.
Cuántas ventanas escalaste,
primero travieso
y después amargo,
a medida que tus muñequitos
se ensuciaban
de barro.

Tú y yo estamos conformes con tu muerte,
llorada larga por los almacenes
que echan aliento a caña y pampa sobre el
[mundo,
y los faroles esquineros colgando como ahor-
[cados
el inútil abrazo del hierro machucado.
Ahora sobre este ómnibus grotesco órgano
de la ciudad,
pienso en el bocinear del tiempo nuevo
y en mi querida y el ocaso flamante
que tengo enfrente
y en que tú y el pobre flaco
Evaristo Carriego
cumplieron en la vida su misión
honradamente.

III

El farol esquinero tambalea borracho
su amuñecado cuello de pierrot en desgracia.

Yo te quiero hasta el beso y te odio hasta
[el tajo,
te quiero hasta la tarde que rompen las gui-
[tarras.

Arde mi alma caña de fuego
—y bailar con las gringas en los patios de
[adentro!

Me hice forastero a propósito, digo
si yo he vuelto a tu abrazo como a una que-
[rida
que partimos por simple y por simple vol-
[vemos.
—Amor con faltas de ortografía!

Anda el cansancio del organito
por la barriada canción de musgo,
voz de paredes envejecidas,
cielo aplastado contra el suburbio.

Blusa de obrero la tardecita
su compadrada florece el brazo,
silba la faca silbido agudo
y estoy riendo

y estoy riendo
y estoy llorando.

EL VIOLIN DE LA FIGURANTA

(Bajo la luz de ring de la ancha lámpara invisible, dos hombres juegan al ajedrez por no tomarse a trompadas. Las mariposas se destrozan contra las tulipas y el pie del fogonero aplastó un grillo. Sin embargo, el "Nelson Bar" arroja contra la vereda del Paseo de Julio, la misma canción alcoholizada de todos los días).

Las figurantas exhiben violines muertos
como sus corazones mentirosos sobre las fal-
[das.
Dejadme fumar y beber pensando cómo ha-
[rían el entierro
si muriera un peón del ajedrez.

—lo llevarían entre cuatro peones en un lluvioso día de abril, la dama y el rey con crespones, dirigiendo el cortejo un alfil—y un caballo sepulturero, en ceremonia dolorosa, cavaría la pequeña fosa en un cuadrado del tablero. —

Dejadme dibujar sin ton ni son entre el humo
junto a la estampa pornográfica,
frente a las pantorrillas robustas de las mu-
[chachas
que he vuelto al fin a mi noche
y casi me siento forastero.
Quiero estar tranquilo mientras fuera la vida
[pasa
como un barco.
El puente de la noche se ha cerrado y nos-
[otros,
nosotros nos quedaremos solos en la otra
[orilla.

Ahí están ellos que hablan de dolor y lo ig-
[noran,
que hablan de libertad y ella es culpable de
[que vivan
prisioneros
como los murciélagos en la pared del día.
Por suerte que las muchachas no saben nada
y yo soy un hombre risueño y escéptico
que olvida la solemnidad al borde del cock-
[tail o junto
a los felices osos del circo Hagenbeck.

¿Qué puedes decir?
Me da lo mismo estar triste o alegre
si cuando vaya a buscarte tu padre me dará
[con la puerta
y la Biblia en las narices y el tren me re-
[tornará.
No pienses que me espera el final de Joe
[Boykin

tirado en una taberna o sobre la sábana triste
del hotelucho
entre una mujerzuela ojos de lagarto
y un porrón de ginebra vientre de cocinera.

Mi capacidad de amistad es muy grande
y algún amigo de esos me salvará,
o una hermosa aurora o bien una palabra
Tuya,
La que está muy cerca de tus labios
y tan lejos de mi actual desgracia.
Pero tendrás que usar siempre el moño azul
caído graciosamente sobre tu hombro.

LA CALLE CON UN FUSIL AL HOMBRO

Quisiera, te juro, tomar tus dos manos con la gravedad y el temor de quien toma la hostia. Y escuchar la canción de tus manos, que es la misma de hace tantos años. Y entonces, contarte todo lo que he sufrido, visto y vivido en esta vida mía que tanto se parece a la de los payasos y juglares. Te hablaría bien de mis amigos y mal de las academias. Aspiraría el perfume de tu alma, guardando fervorosamente tus palabras para ir después arrojándolas por el camino como granitos de maíz, para no perder la senda que lleva hasta tu casa, hasta el ademán inelogiable de tu

tirado en una taberna o sobre la sábana triste
del hotelucho
entre una mujerzuela ojos de lagarto
y un porrón de ginebra vientre de cocinera.

Mi capacidad de amistad es muy grande
y algún amigo de esos me salvará,
o una hermosa aurora o bien una palabra
Tuya,
La que está muy cerca de tus labios
y tan lejos de mi actual desgracia.
Pero tendrás que usar siempre el moño azul
caído graciosamente sobre tu hombro.

LA CALLE CON UN FUSIL AL HOMBRO

Quisiera, te juro, tomar tus dos manos con la gravedad y el temor de quien toma la hostia. Y escuchar la canción de tus manos, que es la misma de hace tantos años. Y entonces, contarte todo lo que he sufrido, visto y vivido en esta vida mía que tanto se parece a la de los payasos y juglares. Te hablaría bien de mis amigos y mal de las academias. Aspiraría el perfume de tu alma, guardando fervorosamente tus palabras para ir después arrojándolas por el camino como granitos de maíz, para no perder la senda que lleva hasta tu casa, hasta el ademán inelogiable de tu

lámpara y la luz de tus ojos. Resplandor igual no podré encontrar en el mundo.

Igual que en el cuento

Recordaríamos los tiempos felices que pasaron. La tapia del sol que escalaban tus risas. El tambor que me trajeron los Reyes Magos, para repicar mi orgullo de militar frente a tu casa, a la una de la tarde, cuando pasaban los trabajadores de vuelta del almuerzo, y se oían los pitos de las fábricas. Los turcos pregonaban sus merçancías desde la sombra, y la tarde tenía olor a cinta de hilera. Me gustaba oír el canto lejano de la herrería, país fabuloso para mí, país de Nunca, Nunca Jamás para mis primeras inquietudes. Nada como el canto de la herrería en la siesta del barrio. Y aun llegaban organitos hasta nuestra orilla. Y ostentaban un cartel: **Rinaldi Hnos.**

—Afuera, el viento se desespera por barrer a los gatos de las azoteas. Esos bichos que hacen ruídos tan particulares, que asustan a los niños y abollan las cacerolas. Descubrimos desde la ventana un país de techos de pizarra, al que sólo falta el gallo de la veleta, para que deje de ser Buenos Aires.

—Juntos jugábamos con aquel caduco reloj de mi abuelo. ¿Te acuerdas de mi abuelo que hablaba con el sol? En mi recuerdo solo falta la cuerda a ese reloj para que se parezca a mi corazón.

—Recordaríamos los jubilosos 25 de Mayo, cuando apurábamos el sueño a fin de irnos en busca de los huerfanitos que saludaban la mañana patria ejecutando el himno, un himno infantil, como ninguno maravilloso, que nos ponía tan graves a la puerta del asilo. Y por la noche, fuegos de artificio. Estos tenían algo que ver con la famosa herrería, el País del Nunca Jamás.

Había verjas y pájaros, y fué aquel enorme asilo nuestra primer preocupación. Después encontré asilos como ese en algunas novelas pero no sentí deseos imperiosos de saltar la tapia.

—Los panecillos de chocolate tenían el mismo sabor de tus labios. La calle era larga y mansa como la mirada de tus ojos y el agua que caía desde la canilla hasta la pileta me alegraba tanto como tu carcajada. Mi abuela usaba una pañoleta amplia, tan amplia como su corazón, donde tú y yo cabíamos, cuando los gnomos de las burbujas que hacía la lluvia, la lluvia que jamás ha vuelto a caer sobre el mundo, daban no se qué extraño prestigio a las baldosas rojas del patio, las baldosas que jamás volvieron a pisar mis pies.

Quisiera mirar al fondo de tus ojos como a mi porvenir. Como quien arroja una piedra a un pozo para escuchar después el ruído del

agua, arrojarte una mirada para escuchar como suena en tu alma. Escucha, escucha, todavía, después de tantos años continuamos nuestro juego.

¡Calle Saavedra, calle Chile, con un fusil al hombro! Me vistieron de luto y detrás de la vieja puerta, 6 1 4 — ese era el número — quedó 6 1 4, cuando chillaron los goznes como ahogando un sollozo de hierro mordido por el tiempo — mi infancia, el polichinela de nuestra infancia, con su corbatón de pintas azules, sobre el sofá de la sala.

Como quien da la espalda al cuarto de juguetes para cuya cerradura ya nadie podrá darnos la llave. Renunciamiento definitivo al País del Nunca Nunca Jamás.

—Igual que un mal pensamiento por el cerebro de un hombre simple, el tren pasa por la villa y la sacude. Allí está la estación, pequeña, con sus lucecitas verdes y rojas y su casilla de madera y el guardabarrera agi-

tando la banderita amarilla, sin equivocarse nunca, sin dormirse nunca, irremediablemente...

Y aquí nosotros y la lámpara, la lámpara que siente y vibra como nosotros.

Amiga mía, estamos pálidos y tristes, casi trascendentales. El silencio escucha. Algo nos ha de acontecer.

GITANOS EN BAHIA BLANCA

Va de una paloma a un monito, la vida. De lo bello a lo grotesco.

Allá está la ciudad blanca, la ciudad luminosa.

Salimos de Ingeniero White, pueblo de casitas de cinc y madera, de cabellos mojados por el aliento salinoso del mar. Qué lindas las callecitas, los elevadores de granos, las tabernas, el zumbido del ómnibus, lleno de letreros, como una gran valija de viaje, revisada por las autoridades de muchas aduanas. Un hermoso sol para inválidos me incendiaba el espíritu. Y en medio de ese panorama, encontramos un casal de palomas.

Venían desde lo alto hasta nuestra emoción, corazones de pluma, las palomitas de Ingeniero White.

Pero, a la vuelta, con el auto, matamos a un perro.

Atrás, Ingeniero White, y aun Bahía Blanca, ciudad agrícola, ganadera y feliz. Pero como todas: un socialista, un tarado, un profesor, un poeta linfático, un católico y el diario "La Idea".

Me trajeron a este boliche descolorido en la esquina del campo. Estoy pronto señores, mientras el sol, afuera, calienta los neumáticos del día.

Ensordecedor reflejo del sol, platillo que deja caer con estrépito una gitana y su monito. Están ambos clavados en la puerta. Ella tiene ojos bellos — como es obligatorio en las gitanas, y manos alargadas y roñosas. — Yo hubiera cuidado de tus ojos y de tus manos, pero ya es tarde. Siempre llego tarde.

Contemplamos sus ojos, y sentimos su sexo seco y su alma blanda y colgante como los senos. Avara entre sus manos las monedas obtienen categoría de esterlinas. Es sucia, sugestiva, maloliente, simbólica.

Baila monito, baila, laralá uuuh

Baila monito, baila, laralá uuuh

Dice que los cuatro carros de la troupe esperan en el camino — allá — porque hay una parturienta.

Que una gitana va a parir

Yo me echaría de pronto a llorar, si no estuviera con nosotros un concejal del municipio, que usa kodak y está resfriado,

Un concejal visiblemente molesto.

—Vamos, baila, eh...

El monito tiene dos años, flaco como un escribano, escasa palambrera, ojos de relojero, ademanes de rematador, cola de prestamista, ¡uf!

Baila alrededor del garrote,

Pero sus gracias no han terminado

—¡Haga el carnicero!

Enrosca la colita en el palo y cuelga de él como una res.

—¡Haga el marinero!

Sube a lo alto del palo y avizora el horizonte (¡es lo más lindo!).

—¡Haga el filósofo!

Renqueando hace signos con la cola sobre el polvo.

—¡Haga el panadero!

Con el palo extrae panes invisibles de un horno invisible.

—¡Haga el humorista!

Llora desconsoladamente (y da mucha pena).

Las gracias del monito han terminado.

La gitana esconde las monedas debajo de la falda. Adiós, adiós. Tiene 22 años y nació en Morón, de padre rumano y de madre húngara.

Me parece oír los gritos de la parturienta. Los hombres ríen. Allá está la ciudad blanca, la ciudad luminosa, la ciudad agrícola, ganadera y feliz. Y aquí toda la tristeza del mundo, además del concejal.

Baila monito, baila, laralá uuuh

Laralá uuuh (Va la despedida Pim Pom).

Haga el carnicero
Haga el panadero
Haga el marinero
Haga e lhumorista.

De pronto revienta un neumático y nos llena de polvo. Qué rápido llegaremos a la noche. Y todavía grita la parturienta.

COSAS QUE LE OCURRIERON A JUANCITO CAMINADOR

Yo no he descubierto el movimiento continuo, ni me interesé nunca por el ciclismo y la ornitología, pero soy un viejo amigo de vosotros. He vuelto de nuevo. Todos volvemos. La vida es un continuo volver, un siempre partir. Ya me sentía inútil y triste igual que la casa de modas del pueblo de Chilecito, y la ecuyére del Continental, desmantelada como el cuarto del Hotel Central de Tucumán, porque no contaba con vuestro favor.

¿Sabéis quién soy? ¡Soy el prestidigitador! Mi nombre surge de una caja de sorpresas y no asusta a los niños porque ellos saben que

mi corazón también es de recorte y puede alcanzar al último de la platea como la serpentina multicolor. Sí señores, mi pájaro preferido es el chingolo y mi bebida el gin del viejo Tom.

Vengo a decirles que la prestidigitación triunfa en el arte y en la vida. Síntesis, sorpresa, fantasía. Somos la imaginación, somos la mentira, somos la velocidad. Hemos vuelto el mundo al revés y hemos creado la nueva niñez del mundo. Elogiad las palabras que se esconden detrás de nuestra sensibilidad para tomarnos de sorpresa, como mis animalitos detrás del paño negro. Algunos lucen una calavera dorada. Sí, señores, la prestidigitación es el arte de todos los tiempos. Hay una, inmediata, la de la vida. Gracias a ella pudo comer muchas veces mi antiguo amigo Francois Villon, y Raúl González Tuñón conocer todos los horizontes de su patria. Perdonad mi risita. Es de tanto apretar el estó-

mago de los fantoches. Yo sé que a veces me falta el aliento. Es de tanto apretar mi estómago. La prestidigitación es el arte supremo porque es el que más se parece y el que menos se parece a la vida. Los prestidigitadores somos buenos y simples, tiernos y generosos. No usamos lentes de carey. Como la serpentina del clac malabarista, sale el cariño de nuestro corazón; clac, desteñido y arrugado ya, tanto, que nuestra alma se resiste a ponérselo cuando todos los prestidigitadores del mundo se dan cita el miércoles de ceniza en el rascacielo más alto de la ciudad de New York.

Creedme que, junto con las películas de mi adorada Betty Bronson y las peleas de peso pluma, no hay arte tan superior y armonioso, tan asombroso y sutil como el arte de la prestidigitación. Dejad en la otra orilla a los fotógrafos y a los pedagogos. Creed en los ángeles y en los duendes. Estos, los

grandes empresarios yanquis, los poetas y los niños mentirosos, son los mejores amigos del prestidigitador. Huid de la desprestidigitación. ¡Ah, público amable y sonriente!

Le presentaré a su corazón

El corazón del prestigitador es tierno como los ratoncitos blancos.

A medida que habla y sus palabras ruedan por la platea y suben y bajan del paraíso van a transformarse en sus manos en maravillosos juegos de ingenio. De pronto, como los platos que baraja hábilmente sus palabras caen al suelo y se rompen con estrépito, pero él sigue inmutable asombrando los ojos de la gente con sus puñales japoneses; los puñales que, parece mentira, salen de su estómago de goma como malas palabras. Pero los puñales se paran orondos y alineados igual que soldaditos de plomo para dar paso

al ratoncito blanco que surge como una metáfora del hueco luminoso de su mano malabarista.

Eh, prestidigitador, los niños se sonríen. ¡Y que buena paga! El corazón del prestidigitador está dolorido porque los puñales japoneses, cuando era novato, se le clavaron allí, y un profesor alemán tuvo que extraérselos. El corazón del prestidigitador es prestidigitador, sin embargo. Ha jugado con amadas imposibles. Si él pudiera arrancárselo del pecho como la escarapela de recluta. Lo clavaría en lo alto de una torre para siempre.

Y dicen, que el prestidigitador olvidó su corazón dentro del pecho como el reloj en el bolsillo del chaleco. Y hace mucho tiempo que no le da cuerda.

Y ahora conocerá a sus amigos

Dejó su pasado allí como el cupé que rodó

alguna vez por las páginas de Carlos Dickens, como la escopeta que asustara a los pajaros de la iglesia, como una palabra demasiado dicha, como un remordimiento. Con él último carretón del poniente se marchó, porque tenía la garganta angustiada y el resorte de su corazón descompuesto. Es mentira que un bandido y una echadora de cartas... Y si fuera cierto? El salió con sus muñecos, de una caja de terciopelo.

Lo vieron los circos del mundo y en todos los circos del mundo fracasó su payasada porque las lágrimas le desteñían el rostro de albayalde. Acostumbrado a barajar el destino, descorchó más tarde sus sorpresas en todos los caminos del mundo como una botella de espumante. Con su última carta de amor escribió su primer cartelón de letras grandes y amarillas. Decía así:

Juancito Caminador

Y como ya solía tener ocurrencias colocó otros dos carteles a los lados, formando triángulo:

DEBUT HOY DEBUT

Pero a pesar de su frac y su monóculo, ninguna ventana en las noches de los pueblos se encendió para él. Ninguna dama le invitó a subir a su berlina después de la función. —Usted ha dicho que es bebedor. Yo sé que sabe mantenerse en pie como un gentleman. Le presentaré a sus amigos.

Un libro de poemas de Arturo Rimbaud. Un ratoncito que es la buena suerte. ¡Cuidado!. No vaya a esconderse en el oyuelo de su sonrisa. Un conejito de la india. Una maravillosa miniatura de Chaplin hecha con miga de pan y escarbadientes. Un naipe nunca visto. Una laboratorio parecido a las cámaras fotográficas de los balnearios, y serpen-

tinas, puñales, armarios, calaveras, sombreros, plumas, vajillas, bastones y un botón de chaleco. ¿Está Vd. conforme? Esos son los amigos de Juancito Caminador, cuyo nombre se registra en todos los letreros desusados de los circos y en los libros de los sórdidos hoteles de a peso. Me cabe el honor de haber bebido con él cañitas con biter que valen a dos centésimos en el mercado viejo de Montevideo y de haber sido presentado por él a los ocho frailes franciscanos más notables, a los más originales malandrines y a mi amigo Arturo Santillán.

¡Va a comenzar el juego!

Entra, se inclina saludando cortésmente y se dispone a trabajar sobre la mesa, amortajada por un paño negro. Los platos hacen más redondos los ojos, los puñales los alargan, el ratoncito funámbulo los hace salir de las órbitas. ¡Cuidado! Que todo se llenará con serpentinas. ¿Oye Vd. la voz de la ca-

lavera? ¿Ve Vd. el naipe frégoli y la maravilla que surge del clac? Y su estómago se desinfla llenando la sala con una musiquilla de piano automático mientras en su espalda se enciende el mundo de todos colores...

Estoy orgulloso, señores. Juancito Caminador es mi amigo.

*
* *

Yo pensaba terminar en otra forma mi trabajo, pero como los platos blancos, se me han caído las palabras al suelo por jugar con ellas. Y les relataré un caso interesante.

Juancito Caminador actuaba en un circo de pueblo y las muchas hortalizas le hablaban del afán vegetariano de sus habitantes. De pronto una idea luminosa le encendió el cigarrillo y el hombre recurrió a su clac. Del fondo de éste salía la serpentina intermina-

ble. Era imposible detenerla. Salía como algo irremediable acariciando primero la sonrisa de Juancito Caminador y deslizándose luego por el tablado hasta la platea. Y tanta y tanta serpentina salió del fondo del clac que llegó a llenar la carpa subiendo a las gradas más altas mientras los burgueses despavoridos se enredaban al querer huir y todo se enredaba en la serpentina y los niños pobres hacían bollos con ella para arrojarlos sobre el boticario del pueblo, el maestro, el socialista y los concejales.

Pero aquí estampo la mejor ocurrencia de mi amigo Juancito Caminador. Sucedió en un pueblo de personas indulgentes donde no había catedráticos ni políticos, por eso todos eran felices y amaban al prestidigitador. Sobre la mesa negra había colocado ya la calavera para hacer el truco de las lechugitas. Golpeaba, golpeaba sobre la mesa para que las fuerzas extrañas lo protegieran. Pero fué

inútil. La boca de la calavera hambrienta no se abrió para nada. Entonces, con gran presencia de ánimo, dió un paso adelante Juancito Caminador, y descorriendo la cortinita negra vió, y todos vieron, a su cómplice, el conejito de la India, muerto, bajo la mesa.

Juancito Caminador bajando la cortinita sin inmutarse, colocó un cartelón en letras amarillas que decía:

Cerrado por fallecimiento

Y otros dos en esta forma y con estos letreros:

EL RATON BLANCO

FUNCION MAÑANA

Juancito Caminador, es un hombre que no lleva documentos.

SOBRE EL DELANTAL DE LA PERFECTA IGNORANTE

¡Te quiero, oh mi perfecta ignorante!

No conoces a Keyserling e ignoras el volumen de la tierra — a decir verdad, lo mismo me acontece, señores. — Ni siquiera has leído a Tagore, a la Mistral y a Nervo, esos ídolos de las mujeres que no saben besar ni hacer crochet como tú, y escriben versos para nuestro mal.

Pero el sol amorosamente resbala sobre tu falda más tierna que la tarde y tienes bálsamos inverosímiles para mis pequeños dolores y bailas graciosamente el chárleston.

Te amo, mi perfecta ignorante. Ignoras los nobles fines que persiguen los dignos miembros de la Junta de Historia y Numismática y jamás amarías a un sabio o a un coleccionista. Pero ninguna como tú para la caricia, amiga mía.

Te basta con saber la tierra, el aire, el fuego. También conoces el viento e intuyes como una loba. El corazón, rítmicamente regula tus emociones. Sabes reírte de las que recitan con énfasis y crees que la detestable bicicleta es el más maravilloso de los inventos. Me animaría a salir contigo por el campo montado en esa máquina idiota. Yo te quiero así, oh mi pequeña ignorante.

Eres católica y coqueta. Eres supersticiosa y materialista. Eres la mujer. Quisiera ser futbolista o tenismen famoso para quererte mejor y para que mejor me quieras. Pero solo soy un trotacaminos, un hombre inútil, que siempre pierdo el tren, que siempre lle-

go tarde a la estación, y al amor. En las pequeñas alegrías cotidianas, me vences por varias carcajadas. Te quiero así
oh mi perfecta ignorante!

B A R

Dice llamarse Jerónimo Laberinto y aparece de pronto entre los hierros de la caja "International". Alguien lo arroja desde arriba, en donde los estantes construídos con madera del país, ofrecen a los nuevos gauchos recados a 7 pesos y hermosos cojinillos a 3.50. Hay también accesorios para automóviles.

El extraño personaje que sale como por encanto de entre las páginas del libro mayor, preconiza la nueva Pampa. Dice que la máquina ha agregado belleza al campo y pide a todos que recojan el zumbido del tractor Deering. El bar Cosmopolita rebosa gente.

Entro todas las noches y oigo hablar mal del ciclismo y las conferencias.

El señor Jerónimo Laberinto es quien se encarga de hacerlo. Flota un aliento desagradable en el ambiente, más desagradable aún que el de la música "di camera", y es necesario recurrir a la ginebra, que es "Llave", legítima.

*

* *

Pero una noche, por equivocación, entré al "Bar de la Alegría" y no volví a ver nunca más a mi amigo Jerónimo Laberinto.

Las caras del "Bar de la Alegría" eran tristes y reían para afuera como los amores hipócritas. Yo las veía en el espejo. Movíanse con mi prematuro dolor de muchacho optimista; con ese agradable dolor de quien, a pesar de esperar el castigo, ya se ha comido el dulce.

Nunca creí en tan absurdo final que modificaría fundamentalmente mi existencia y mi opinión acerca de las cosas de la vida, de estas lamentables y queridas cosas que nos rodean.

Es cierto que, más tarde, he vivido en Santa Fe de la Vera Cruz, al lado de un silencio de agua, en ese convento que ya fué construído viejo para que los pájaros fueran a picotearlo sin temor. Allí aprendí, contrabandista de la soledad, los grandes secretos de las pequeñas cosas. Y a querer a Estanislao López, y a Juan Manuel de Rosas, el único, el auténtico gaucho argentino, a través de una lápida ofendida por el tiempo y por los salvajes unitarios. Luego supe la angustia de los trenes de carga y las miserables estaciones de la noche, donde hay jefes que tienen ojos de vidrio y manos de prestamista. De pronto me encontré en la ciudad de la Rioja, aunque alguien afirme que no existe,

desparramado entre el club, la retreta y un amor sentimental. Y fuí novísimo aventurero en los llanos; traje una luna roja y violenta, como recuerdo de la cabeza de Facundo que vi en la Meseta de los Degollados. Entre unos hombres barbudos, trágicos y sentenciosos, yo era como esos payasos de circo, a quienes se le perdona todo (como al príncipe de Gales).

*

* *

¿Entramos al Bar? Yo estaba lejos de ti, querida, ingenua como una palabra mal dicha. Solo tenía tu nombre. "Por el olor de tus buenos ungüentos, ungüento derramado es tu nombre..."

A la jazz que paró en seco las insinuaciones verbales, sucedió un vaho como de ropa mojada y un tango baboso, un tango inver-

tido, me impidió accionar por un instante como cuando contenemos la respiración en los mingitorios. La música, igual que un bicho de cesto, colgaba de mi angustia.

Hacía danzar mis recuerdos, que se doblaban, fantoches, en la mesa nostalgiosa de tumbos.

Tay vez fué la única causa del final absurdo y desesperado.

*
* *

Inútil como un paraguas, el viento no se llevaba los sonidos de la jaz, que se amontonaban en el espejo. El espejo, a la larga, se hizo redondo y definitivo como un vientre grávido.

Yo estaba lejos del olor nauseabundo — araña pollito de los olores — que me envenenaba cada noche en el Hotel Internacional,

cuando mi sueño se dividía en seis partes. Había seis camas, seis vidas inútiles que pendían como trajes usados cuando nos alcanzaba la requisa de los burgueses.

Ese barman cakewalnómano, judío y socarrón, sazonaba el Corazón de Indio con carcajadas clandestinas.

Recordaba mi primer traje de marinero. Tenía dibujada en la solapa un ancla dorada y en la gorra ostentaba un nombre con letras de plata: Acorazado Rivadavia. El sol fué el primero en elogiármelo. Y entonces penetró en mi ebriedad, sigilosamente, un deseo confuso de arrojar al lago del parque Lezama un barquito de papel.

Y todos salían y entraban en el "Bar de la Alegría". A los últimos se los tragaba el espejo, Dios mío.

De pronto la florista manca y desteñida, que tanto se parecía a un arrepentimiento, con la mano que le faltaba desanudó mi cor-

bata de clown. Yo tenía diez y seis años, salpicados de pecas y viajaba de polisón en los barcos.

(Ahora prefiero las buenas comidas, los ómnibus ñatos, las casas en construcción y las ágiles ecuyéres, a pasarme la vida jugando a los naipes con una filipina en las rodillas).

EL CIEGO AL PIE DE LA CARRETA

Esta pena de no pensar con tristeza en ti. Esta pena de pasear a lo largo del domingo, de un domingo triste como la ciudad de La Plata. Los afiches se han desteñido en la calle y de su grotesco armazón cuelga mi angustia ciudadana. Y es inútil que los filipinos vuelquen sobre la cocktailera la queja pegajosa de las guitarras hawaianas. Yo pienso en el pasillo de la casa de departamentos, cordial para las cocineras sentimentales y hasta donde alarga la corneta radiotelefónica su aliento espantoso.

Saldré con mi último domingo sobre las espaldas a buscarte otra vez, rumbo al país

de tu palabra ya dicha. Voy hacia el panorama de tus ojos y allí, pareceré un hombre simple que se despide de su pasado agitando un pañuelo mojado. Ya no tendré más pasado y al fin podrás quererme.

Escucha, habla de infancia

Fué un día mía la pequeña felicidad de la rayuela. Jugaba con el sol y con las cuentas del rosario de mi madre. Eran rojas. Todo era rojo y feliz, hasta que me pusieron un guardapolvo negro.

Escucha, habla da adolescencia

La lámpara estaba siempre encendida en mi casa. Pero yo me di a andar por los caminos del mundo, sin ningún fin, porque sí, porque sí, por un problema de vida. Escu-

cha, escucha al ciego del pie descalzo, sonando su flauta. Asómate a la oscura ventana y verás a mi adolescencia agitando las manos sobre la mesa que vuelca el vino. Trotacaminos y trotacorazones. Pero soy un muchacho bueno y simple, querida.

Escucha, habla de placeres canallas

Yo he bajado hasta ellos y Dios sabe si seguiré bajando. Cueva honda, bajo la terrible lámpara triangular, sobre el tapete, y en cuyas láminas de acero tropecé con los ojos heridos como mariposa de la luz. Pero, óyeme, muchacha. Soy un hombre bueno y simple, que se emociona con una brizna de hierba, con el vuelo de un pájaro, con el fracaso de un amigo, con un hilillo de agua, o mirando la tarde en los ojos mansos del caballo. Soy un buen y simple muchacho.

El ciego se va, yo voy a seguirlo

hasta la carreta. Adiós, me iré con el circo, me iré con el circo. Y habremos terminado de una vez.

INDICE

EDICIONES M. GLEIZER

TRIUNVIRATO 537

Aramburu Julio. — Tucumán	$	2.—
Amaya Florencio J. — El dolor de vivir	„	3.—
Aybar Sobrecasas. — El amor como redención	„	2.50
Alas Claudio De. — Visiones y realidades	„	2.50
Alaa Claudio De. — Id id, en tlea .	„	3.—
Araamasseva Margarita de. — El brazalete de záfiros (novela)	„	2.—
Barreda Ernesto Mario. — Nuestro Parnaso (4 tomos)	„	8.—
Barreda E. M. — Una mujer (novela)	„	2.—
Barreda E. M. — Baba del diablo (novelas y cuentos)	„	2.50
Bermann Gregorio. — José Ingenieros	„	2.50
Borges Jorge Luis. — El idioma de los argentinos	„	2.50
Bosco Guillermo, Dr. — Electrocardiografía y poligrafía clínicas	„	6.—
Bosco Guillermo, Dr. — Tratado de Semiología (2 tms. encuadern.) . .	„	30.—
Boy — Las parejas negras	„	2.—
Boy. — Marú. Novela romántica desarrollada en cartas	„	2.—

Brumana Herminia C. — Cabezas de mujeres	$	2.—
Cancela A. — Palabras socráticas. . .	„	2.—
Cancela A. — Palabras socráticas. Encuadernado, especiales y numeradas	„	10.—
Cancela A. — Tres relatos porteños .	„	2.—
Cancela A. — Id id (en tela)	„	3.—
Cancela A. — El burro de Maruf . .	„	2.50
Carrasco Germán. — Rima de inquietud	"	1.50
Cascella Armando. — La tierra de los papagayos	"	2.—
Casinelli Amadeo. — Acuarelas . . .	„	2.—
Cichero Félix Esteban. — La vida en cuentos	„	2.—
Cichero F. E. — Los Zánganos . . .	„	2.—
Cichero F. E. — Puntos de vista . .	„	2.—
Calle Jorge. — El pasajero sugerente	„	2.50
Cortina Aravena. — Nocturnos y otros poemas	„	2.—
Correa Luna Carlos. — Alvear y la diplomacia de 1824 - 25	„	2.—
Danero E. M. S. — La aventura negra (novela)	„	1.50
Del Plata Rodolfo.—La locura de Nirvo	„	2.—
Donoso Armando. — Sarmiento en el destierro	„	2.50
Dubnow. — Historia contemporánea del pueblo judío	„	6.—
Dubnow. — Historia contemporánea del pueblo judío, tomo II	„	6.—
Echagüe Juan Pablo.—Hombres e ideas	„	3.—
Eichelbaum Samuel. — Un hogar . .	„	1.20
Eichelbaum Samuel. — Un monstruo en libertad	„	2.50

España José de.—La mujer de Shanghai	,,	2.—
España José de. — Psicología de Rosas	,,	2.—
Espejo Juan Luis. — Los amigos de Gómez Barbadillo	,,	2.50
Fabri Luis. — Dictadura y revolución	,,	2.—
Fernández Macedonio. — No todo es Vigilia la de los ojos abiertos	,,	3.—
Fijman J. — Molino rojo	$	2.—
Fingermann G. — Estudios de psicología y estética	,,	2.50
Franco Luis L. — Coplas del pueblo .	,,	2.—
Franco Luis L. — Nuevo mundo . .	,,	2.—
Goldschmith. — Moscú (viaje por la Rusia soviética)	,,	2.—
Goldschmith. — Id id id (en tela)	,,	3.—
Gómez Ibáñez Eduardo—Cantos salvajes	,,	2.—
González Tuñón E. — Tangos	,,	1.50
González Tuñón E. — La rueda del molino mal pintada	,,	2.—
González Tuñón E. — El alma de las cosas inanimadas	,,	1.50
González Tuñón R. — El violín del Diablo	,,	2.—
González Tuñón R.—Miércoles de Ceniza	,,	2.—
Giménez Pastor. — Velada de cuentos	,,	2.50
García Velloso E. — Piedras preciosas	,,	3.—
García Velloso E. — El falsificador de emociones	,,	2.—
García Velloso E. — La jugadora de pocker	,,	2.—
Gouchón Cané E.—Los héroes del amor	,,	2.—
Grunberg Carlos M.—El libro del tiempo	,,	2.—
Gutiérrez Ricardo. — La flecha en el vacío	,,	2.50

Gerchunoff Alberto. — La Asamblea de la Bohardilla . . . . ,, 2.50
Gerchunoff Alberto. — La Jofaina maravillosa . . . . ,, 2.50
Gerchunoff Alberto. — El hombre que habló en la Sorbona . . . . ,, 2.50
Gerchunoff Alberto. — Historias y proezas del amor . . . . ,, 2.50
Gerchunoff Alberto. — Pequeñas prosas ,, 5.—
Gerchunoff Alberto. — Id id en pergaminos numerados . . . . ,, 10.—
Gálvez Manuel. — Una mujer muy moderna . . . . ,, 2.—
Gálvez Manuel. — La maestra normal $ 2.50
Gálvez Manuel. — Nacha Regules . . ,, 1.50
Haya Delatorre. — Por la emancipación de América Latina . . . . . . ,, 2.50
Heredia Pablo. — Experimentaciones endócrinas . . . . ,, 8.—
Herrero Antonio.—Alfredo L. Palacios ,, 1.50
House Guillermo. — Alma nativa . . ,, 2.50
Ibarguren Carlos. — Manuelita Rosas (6a. edición) . . . . ,, 2.—
Ibarguren C. — De nuestra tierra (2a. edición) . . . . ,, 2.—
Iglesias Julio Eugenio. — Anaquel . . ,, 2.—
Kropotkine P. — Los ideales y la realidad en la literatura rusa . . . . ,, 4.—
Kropotkine P. — Etica . . . . ,, 2.50
Krupkin Ilka. — La taza de Chocolate ,, 1.50
Krupkin Ilka. — El hombre que perdió el sueño . . . . ,, 2.—
Laplace Alberto. — El hombre que tuvo una idea . . . . ,, 3.—
Lagorio A. — Las tres respuestas . . ,, 2.50

Lagorio A. — El traje maravilloso y otros cuentos	„ 2.50
Last Reason. — A rienda suelta . . .	„ 1.50
Ledesma Roberto. — Caja de música .	„ 1.50
Loncan Enrique. — He dicho	„ 2.50
Loncan Enrique. — Las charlas de mi amigo (2a. edición)	Agotado
Lugones Leopoldo. — El ángel de la sombra	„ 2.50
Lugones L. — La Guerra Gaucha . .	„ 3.—
Lugones L. — El libro de los paisajes	„ 2.50
Lugones L. — Las fuerzas extrañas .	„ 3.—
Lugones L. — Lunario sentimental .	„ 3.—
Luz y Sombra. — Chic	„ 2.50
Marechal Leopoldo. — Los aguiluchos	„ 2.—
Marechal L. — Días como flechas . .	Agotado
Mallea E. — Cuentos para una inglesa desesperada	„ 2.—
Melián Lafinur Alvaro. — Las nietas de Cleopatra	„ 2.50
Mariani Roberto. — El amor agresivo .	$ 2.—
Martínez Cuitiño Vicente — Teatro:	
Tomo I: La fuerza ciega. La humilde quimera	„ 2.50
Tomo II: El segundo de amor. La bambolla. Rayito de sol	„ 2.50
Tomo III: La fiesta del hombre. Los Colombini. El viaje de D. Eulalio	„ 2.50
Tomo IV: Los soñadores. El malón blanco. No matarás	„ 2.50
Tomo V: Cuervos rubios. Mate dulce. Notas teatrales	„ 2.50
Tomo VI: La mala sombra. El derrumbe. Nuevo Mundo	„ 2.50
Medina Onrubia S. — Akasha (novela)	„ 2.—

Gerchunoff Alberto. — La Asamblea de la Bohardilla	„	2.50
Gerchunoff Alberto. — La Jofaina maravillosa	„	2.50
Gerchunoff Alberto. — El hombre que habló en la Sorbona	„	2.50
Gerchunoff Alberto. — Historias y proezas del amor	„	2.50
Gerchunoff Alberto. — Pequeñas prosas	„	5.—
Gerchunoff Alberto. — Id id en pergaminos numerados	„	10.—
Gálvez Manuel. — Una mujer muy moderna	„	2.—
Gálvez Manuel. — La maestra normal	$	2.50
Gálvez Manuel. — Nacha Regules . .	„	1.50
Haya Delatorre. — Por la emancipación de América Latina	„	2.50
Heredia Pablo. — Experimentaciones endócrinas	„	8.—
Herrero Antonio.—Alfredo L. Palacios	„	1.50
House Guillermo. — Alma nativa . .	„	2.50
Ibarguren Carlos. — Manuelita Rosas (6a. edición)	„	2.—
Ibarguren C. — De nuestra tierra (2a. edición)	„	2.—
Iglesias Julio Eugenio. — Anaquel . .	„	2.—
Kropotkine P. — Los ideales y la realidad en la literatura rusa	„	4.—
Kropotkine P. — Etica	„	2.50
Krupkin Ilka. — La taza de Chocolate	„	1.50
Krupkin Ilka. — El hombre que perdió el sueño	„	2.—
Laplace Alberto. — El hombre que tuvo una idea	„	3.—
Lagorio A. — Las tres respuestas . .	„	2.50

Lagorio A. — El traje maravilloso y otros cuentos	„ 2.50
Last Reason. — A rienda suelta . . .	„ 1.50
Ledesma Roberto. — Caja de música .	„ 1.50
Loncan Enrique. — He dicho	„ 2.50
Loncan Enrique. — Las charlas de mi amigo (2a. edición)	Agotado
Lugones Leopoldo. — El ángel de la sombra	„ 2.50
Lugones L. — La Guerra Gaucha . .	„ 3.—
Lugones L. — El libro de los paisajes	„ 2.50
Lugones L. — Las fuerzas extrañas .	„ 3.—
Lugones L. — Lunario sentimental .	„ 3.—
Luz y Sombra. — Chic	„ 2.50
Marechal Leopoldo. — Los aguiluchos	„ 2.—
Marechal L. — Días como flechas . .	Agotado
Mallea E. — Cuentos para una inglesa desesperada	„ 2.—
Melián Lafinur Alvaro. — Las nietas de Cleopatra	„ 2.50
Mariani Roberto. — El amor agresivo .	$ 2.—
Martínez Cuitiño Vicente — Teatro:	
Tomo I: La fuerza ciega. La humilde quimera	„ 2.50
Tomo II: El segundo de amor. La bambolla. Rayito de sol	„ 2.50
Tomo III: La fiesta del hombre. Los Colombini. El viaje de D. Eulalio	„ 2.50
Tomo IV: Los soñadores. El malón blanco. No matarás	„ 2.50
Tomo V: Cuervos rubios. Mate dulce. Notas teatrales	„ 2.50
Tomo VI: La mala sombra. El derrumbe. Nuevo Mundo	„ 2.50
Medina Onrubia S. — Akasha (novela)	„ 2.—

Medina Onrubia S. — El vaso intacto „ 2.—
Méndez Caldeira María Angélica. — Gracia y Castalia . . . . „ 2.50
Mercante V. — Paidología . . . . . . „ 3.—
Mercante V. — Charlas pedagógicas . „ 3.—
Mercante V. — Maestros y educadores, tomo I „ 3.—
Mercante V. — Id id id, tomo II „ 3.—
Mercante Víctor.—Tut-Ankh-Amon . . „ 3.50
Morales Delio. — Raymundo Nansen, el atormentado . . . . „ 2.—
Morales D. — La confesión de Lander Pausarac . . . . „ 2.—
Moreno Ismael. — El matadero . . „ 2.—
Moreno Ismael. — La Huerta. . . . „ 3.—
Monselli Emilio. — Lógica. (Traducción del prof. G. Fingerman, encuad.) „ 3.50
Molinari Víctor Luis. — Pecado do juventud . . . . „ 1.50
Mosquera Kelly F. — Del Plata al Illimane . . . . „ 2.50
Nogueira Manuel N. — Los excluídos del amor . . . . „ 2.50
Ortiz Echagüe Fernando. — Pasajeros, correspondencia y carga . . . . . „ 2.50
Olascoaga Laurentino. — Geografía Económica Argentina . . . . . . „ 6.—
Olascoaga L. — Sociología Comparada $ 5.—
Olascoaga L. — La leyenda del castillo de Skokloster (Suecia) . . . . . „ 2.50
Olivera Lavie Héctor. — Una tragedia „ 2.50
Oliván Santiago C. — Las visiones del rondín (cuentos) . . . . „ 2.—
Oliván Santiago C.—El retablo inquieto „ 2.—

Olivari Nicolás. — La musa de la mala pata . . . . „ 1.—
Orgaz Raúl A. — Páginas de crítica y de historia . . . . „ 3.—
Osés Miguel. — Eva entre naranjos . . „ 2.50
Pagano José León. — El hombre que volvió a la vida . . . . „ 2.50
Payró Roberto J.—El mar dulce . . . . „ 2.50
Pascarella Luis. — Horas matinales (páginas de un escolar) . . . . . . „ 1.50
Palcos Alberto. — El genio (segunda edición) . . . . „ 3.—
Palcos Alberto. — La vida emotiva . . „ 2.50
Palacios Alfredo L.—Universidad Nueva „ 5.—
Peretz.—Adán y Eva. Traducción de Resnik (tela) . . . . „ 3.—
Peyret Marcelo. — Alta Gracia . . . „ 2.50
Peyret Marcelo. — Mientras las horas pasan (cuentos de amor) . . . . „ 2.—
Quesada Josué. — Idolos que pasan . „ 1.50
Rawson Manuel. — Emilio Mitre . . . „ 2.50
Rolland Romain. — Clerambault (segunda edición) . . . . „ 2.—
Rojas Paz. — La metáfora y el mundo „ 2.—
Renán Ernest. — Patricio (encuadern.) „ 2.—
Ripamonte Carlos P. — Janus . . . . „ 2.50
Ruibal Salaberry Dr. — Higiene Pública Ingeniería sanitaria . . . . „ 6.—
Rinaldini Julio.—Críticas extemporáneas „ 2.—
Rinsky B — Murmullos del alma (poesías) . . . . „ 1.50
Sáenz Hayes Ricardo. — Perfiles y Caracteres . . . . „ 2.50
Sáenz Hayes Ricardo. — La polémica de Alberdi con Sarmiento . . . . $ 2.50

Sáenz Hayes R. — Los amigos dilectos „ 2.50
Sáenz Hayes Ricardo. — España. (Meditaciones y andanzas) . . . . . . „ 2.50
Saravia Linares Clara.—Lirios de otoño „ 2.50
Sarmiento Domingo F. — Vida de Dominguito . . . . „ 2.—
Saavedra Mercedes Z. de. — Las noches encantadas . . . . „ 2.50
Sameur C. — La liberación de la tierra „ 1.20
Senet Rodolfo. — Psicología gauchesca en el Martín Fierro . . . . „ 2.—
Scalabrini Ortiz Raúl. — La manga . . „ 2.50
Schiaffino Eduardo. — Recodos en el sendero . . . . „ 2.50
Schiaffino Eduardo. — Urbanización de Buenos Aires . . . . „ 4.—
Soto y Calvo F. — Los poetas maullantinos en el arca de Noé . . . . . „ 2.—
Storni y Pérez Franco. — En la sierra de los cóndores . . . . „ 10.—
Torre Peña Jorge de la. — Plata bruna „ 2.—
Vedia Joaquín de. — Cómo los ví yo „ 2.50
Varela Florencio.—Rosas y su gobierno „ 2.—
Vázquez Cey A.—El angélico asesino . „ 2.50
Vernau J. M. — Historia de la Edad Media y Precolombiana . . . . . . „ 4.—



Precio: $ 2